las diferencias esenciales entre una y otra escuela, puede decirse que vive todavía. Los clásicos eran, por lo común, arcaicos, intransigentes, conservadores de las tradiciones académicas; los románticos, tolerantes, revolucionarios é innovadores. El naturalismo contemporáneo tiende á reducir las nomenclaturas en ciencias, reconciliar lo bello con lo real y verdadero en estética y dar sencillez y expresión vivaz y humana al lenguaje. Escribir como se habla entre la gente culta, hé aquí el ideal. La máxima, en boga todavía: «quien escribe como habla, por muy bien que hable, escribe mal,» no informará en lo futuro los juicios de la crítica. Si de veras queremos difundir la instrucción y anhelamos que el apostolado de la verdad sea eficaz y penetre en el pueblo, es indispensable que nos resolvamos á impedir que el lenguaje literario sea una liturgia misteriosa, una monserga culto-sapientísima que solo escriban y entiendan los iniciados. A este fin, á popularizar los conocimientos humanos, no concurren por cierto los escritores y poetas puramente académicos. Bajo este punto de vista, las escuelas clásica y romántica existen todavía.

Por otra parte, al observar la división naturalmente establecida entre los puristas del idioma y los escritores de alto vuelo y profunda intención moral y literaria, el ánimo no se siente inclinado á entregarse á esas dulces delectaciones que á la mente proporciona el perfecto preceptismo. Concretándonos á España ¿son tan pocos los escritores que han podido decir cosas realmente importantes en lenguaje que para los gramáticos y retóricos, sea irreprochable! ¿Qué obras verdaderamente transcendentales en ciencias morales y políticas, en historia, en ciencias exactas han producido y producen aquellos de nuestros escritores que más fama atesoran como puristas en el uso del idioma castellano? ¿Qué enseñanzas verdaderamente positivas ha llevado al acervo común el mayor número de nuestros clásicos considerados autoridades en materia del buen decir académico? Concretándonos al siglo que termina, no se olvide que de incorrectos han sido tachados Balmes, Donoso Cortés, Sanz del Río y Mata; y de incorrectos se acusa hoy por los meticulosos del idioma, á Velarde, á Campoamor, y hasta á Nuñez de Arce entre los poetas, y á Salmerón, á Pi y Margall, á Menéndez Pelayo y hasta á Castelar entre los historiadores políticos y filosóficos.

Envidiables son las cualidades del que alcanza dominar el idioma de los Solís, Granadas, Mendozas y Cervantes; pero es preferible un pueblo de pensadores á un pueblo de retóricos.

J. GÜELL Y MERCADER.

LA RAZÓN Y LA JUSTICIA

MARCADÍSIMA tendencia puede observarse, de muchos años á esta parte, entre frenópatas y médico-legistas, á considerar cada día mayor las relaciones de causalidad y dependencia, que sin duda existen, entre los actos criminales y el trastorno de los centros frénicos, y á reclamar parada para el hospital y el manicomio á pobres desgraciados hasta el día destinados á la cárcel y tal vez al patíbulo. Y aunque el estudio de la razón y del órgano por el cual se manifiesta deja todavía muchas y grandes lagunas, en nuestro concepto difíciles de llenar en mucho tiempo, bastante es lo adquirido y demostrado para dar luz sobre sin número de casos, y poner de manifiesto el inmenso riesgo que se corre de tratar como á materia criminal, y por la misma justificable, lo que de lleno cae bajo el único y exclusivo dominio de la patología, si para evitarlo no se ponen á contribución con la más esquisita prudencia y sagacidad, todos aquellos recursos que de consuno el sano criterio y los conocimientos científicos estimen como indispensables.

Hermosa y consoladora en extremo nos parece la doctrina de los que consideran al crimen siempre hijo de la razón enferma, y en verdad que nos pesa no poderle otorgar todo aquel grado de certeza y universalidad que deseáramos, por sernos imposible desconocer que abundan los hechos que al menos aparentemente y tal como el estado de nuestros conocimientos nos permiten apreciarlos, la contradicen de una manera evidente. Mas no porque tenga sus escepciones deja una regla de ser tal, y la tarea de sus defensores se encuentra limitada á demostrar que son verdaderamente escepcionales los casos en que la razón guía el brazo que va á cometer el crimen, y á establecer un criterio que nos permita distinguir cuando de la regla se trata, de cuando se trata de la escepción, y solo después de haber alcanzado una y otra cosa, podrán recabar de los destinados á la confección de las leyes, la reforma por la cual con tanto ahinco combaten.

Para que se comprenda el linaje de dificultades que hay que orillar para acercarse á la resolución del asunto, bastará que digamos que hasta el presente no han acertado los autores con una definición satisfactoria de la razón, y que entre la razón y la locura, hay tal serie de gradaciones y tanta variedad de matices, que muchas veces es imposible determinar donde la locura empieza y donde la razón acaba; en prueba de lo cual podemos observar que lo que unos han tenido por locura manifiesta, ha sido por otros calificado de destello del genio, y lo que hoy consideramos como producto de un juicio claro y penetrante, fué en

su tiempo reputado como la más insigne de las locuras.

No somos sin duda nosotros los destinados á vencer estas dificultades, ni tal pretensión abrigamos, más creemos se nos dispensará intentemos traer al edificio nuestro grano de arena, siquiera solo sea emulando á los que con más competencia pueden abordar la cuestión.

No vamos á ocuparnos aquí de aquellos groseros trastornos de la razón cuyos bruscos perfiles saltan á los ojos aun de los en la ciencia más míopes; pues que ya el código de todas las naciones cultas los ha tomado en consideración, estimándolas como á causas que eximen por completo de toda responsabilidad en unos casos, como en el de locura manifiesta, ó que templan el rigor de la justicia en otros, como en la borrachera, (locura alcohólica), delirio, alucinación, obcecación, arrebatado etc., (locuras transitorias.)

Tampoco haremos objeto de estas líneas, bien ó mal trazadas, de esas grandes locuras endémicas, epidémicas, ó contagiosas que en determinados momentos han invadido á pueblos, á provincias, á naciones, á razas enteras, y que á pretexto de la política, del derecho, de la propiedad, de la religión, del origen y de la casta, han motivado esas grandes hecatombes, esos terribles cataclismos que en corto tiempo han cambiado la manera de ser de la humanidad, y de las cuales tenemos sangrientos ejemplos contemporáneos en el fenianismo irlandés, el nihilismo ruso y la *mano negra* de nuestras hermosas cuanto infortunadas provincias andaluzas. Y no se crea que dejemos de ocuparnos de este asunto porque le creamos falto de interés é incapaz de prestarse á grandes y trascendentales reflexiones; muy al contrario, le reconocemos capitalísima importancia, y de buen grado convenimos en que el porvenir de la sociedad ha de verse poderosamente influido por la solución que á estos problemas se acierte á dar; pero poderosas razones, de entre las cuales con ser grande no es la mayor la de la magnitud del asunto, nos obligan á dejarlo intacto, mas ya que de él incidentalmente hemos hablado, no le abandonaremos sin manifestar nuestra creencia de que si consideramos que solo difundiendo luz, mucha luz, podrán evitarse lamentables repeticiones en el porvenir, también tenemos por cosa cierta que mucha parte del mal presente proviene de haber puesto en pleno sol al que acababa de salir del antro oscuro, y que ha sucedido lo que no podía menos; en vez de alumbrarse se ha deslumbrado.

Fuera de la locura, y sin llegar á la imbecilidad ni al idiotismo, existen numerosísimos casos en los que la razón es tan poco activa, necesita tan vivos estímulos, y tan poderosos auxiliares para que se ponga de manifiesto, y lo hace entonces

de una manera tan incompleta y premiosa, y tiene una esfera de acción tan limitada, que cuesta trabajo al observador el convencerse de que en realidad existe. No hay sin embargo enfermedad ni afección alguna; tampoco se encuentra vicio de conformación ni de textura, ni siquiera puede demostrarse trastorno de función. Lo único que en semejantes casos existe es una especie de parésia intelectual debida sin duda á la falta de ejercicio y al limitado número de conocimientos elementales sobre los que dicho ejercicio puede versar. El que en este estado se encuentra no es un maniaco, ni un monomaniaco, ni un imbécil, ni un idiota, ni tiene ninguna de las formas que la locura acostumbra afectar; colocadlo, no obstante, al lado de un hombre de inteligencia vigorosa, penetración rápida y profunda, educación esmerada, felicísima memoria y vasta ilustración, y decidme en conciencia que paridad encontráis entre el estado de la razón de estos dos hombres. Seguramente habreis de responderme que ninguna. Pues bien: la ley los considera iguales y los mide con el mismo rasero y esto es lo que no nos parece lógico, ni justo, ni razonable, y por aquí creemos debería empezar toda reforma que sobre estas materias se intente introducir en el código que nos rige.

Al decir que la ley los considera iguales hemos cometido un pequeño error, ó más bien una omisión; hubiéramos debido añadir, por lo que á la responsabilidad y á los deberes se refiere, pues que si pasamos al capítulo de los derechos, quizá encontremos á faltar esa igualdad, y precisamente por haber tenido allí en consideración las razones que aquí pretendemos hacer valer.

Sírvanos de ejemplo y prueba lo que en el sufragio acontece.

Dejando aparte los que tienen derecho al sufragio por lo que pagan ó por lo que representan, queda el resto reducido á dos grandes grupos; unos que tienen voto y otros que no lo tienen, y el único fundamento, la razón única que se alega para mantener esa división es por que se considera que los incluidos en el último grupo no están en el caso de discernir por sí propios, de juzgar fundadamente; no tiene razón bastante, y es fácil por lo mismo, sean influidos por agenas voluntades y hagan ilusorio el objeto del sufragio.

No censuramos estas restricciones mientras no traspasen los justos límites, solo si queremos que de las mismas premisas se saquen siempre idénticas ó al menos parecidas consecuencias.

Y no se nos venga pidiendo para la aplicación de la reforma que defendemos, algo que pudiese servir de medida á la razón, una cosa parecida á la que sería un psiquiómetro, ó razonómetro; pues demasiado se sabe que esto es y continuará

siendo imposible. Lo único que puede medir la razón, es la razón misma.

Se nos argüirá que así como no hay dos fisonomías absolutamente iguales, tampoco hay dos estados de la razón perfectamente parecidos, y que para cada caso debería variar el grado de responsabilidad y que esto no se aviene con la manera de ser de nuestras leyes, ni mucho menos con el modo que de aplicarlas tenemos. Conformes. Pero entendemos que no deben buscarse casos para la ley, sino ley para todos los casos, y si la que nos rige no puede amoldarse á ellos, modifíquese ya que los casos no se pueden modificar, al menos de una manera pronta y completa.

Algo en este sentido se habrá ganado con el establecimiento del juicio oral y público, pero á nuestro modo de ver solo el jurado puede aproximarnos á la perfección, á la que sabemos no nos es dado desgraciadamente llegar.

La enseñanza obligatoria y gratuita, que si no estableciera el nivel intelectual, atenuaría al menos esas inmensas diferencias hoy día existentes, contribuiría no poco, al paso que á disminuir la criminalidad, (que sabemos está en razón inversa de la ilustración,) á facilitar la resolución del problema que nos ocupa.

Mientras los gobiernos no se cuiden del mejoramiento intelectual de sus gobernados, podremos decirles imitando la frase de una célebre poetisa: «ó hazlos como los deseas, ó tómalos como los haces.»

J. SALVAT.

ÍNTIMA

L'última ratxa de la Tardor,
Loh amada meva, ja 's deix sentir!
De l'hivernada lo vent glassat
demá de gebra cubrirá 'ls pins:
ja se 'n anaren Tots-sants y 'ls Morts;
ja son vingudas las llargas nits.

¡ Quína feresa qu' ara fa 'l camp!
¡ quín mar més aspre! ¡ quín cel més trist!
Ja cap barqueta surt á pescar
de la Farola fins á Cambrils;
la pobrissalla capta pels plans
ó be replega boscalls pels cims,
y al tart dú feixos als masovers
que al pallé deixan passar la nit.

Si anem al poble, fugint del Mas,
major tristesa tindrem allí.
Tant bon punt toca l'oració
barran las portas tots los vehins;

los homs trastejan vora 'ls congrenys,
vells, noys y donas se 'n van al llit:
tot es silenci.... sols s'ou lo vent
y 'ls galls que cantan la mitja nit.

Quant abí 'n baixava de Masricar,
á la taulada del Mas dels Pins
pobre aureneta prenia 'l vol
per entornarsen al seu país:
de la niuada sola ha quedat;
sense parella, sense sos fills,
¡ lo trist viatge qu' ella farà
tota soleta pel mar endins!

Oh ma estimada, be estem al Mas;
la llar dels avis te bon caliu:
plogui ó ventegi ó emigri l' au,
hí regna sempre bon temps aquí.
No hi ha hivernada pels nostres cors:
¡ la Primavera sempre hi somriu!

F. BARTRINA.

SOBRE UNA BIBLIOTECA DE CIENCIA ESPAÑOLA

II

SE ha dicho, y con razón, que los españoles siempre hemos sido largos en hazañas y cortos en escribirlas. Esta verdad, que es patente tratándose de sucesos meramente políticos, advenimientos de dinastías, enlaces de reyes, acciones de guerra, conquistas, descubrimientos y demás hechos que atañen á la historia *externa* de la nación, lo es mucho más en lo que se refiere á su historia *interna*, esto es, al desenvolvimiento religioso, intelectual, social y económico de España en los diversos períodos de su vida nacional. Solo así se esplica, que la historia de la civilización española esté todavía por hacer; y que la de su literatura, y, sobre todo, la de su ciencia, se hallen aun casi en mantillas. ¿Y á qué se debe este descuido? Es que en España no hay amor patrio? Difícil es determinar el origen del mal, pero no creemos andar del todo descaminados, si afirmamos que nuestra indiferencia por todo lo propio y castizo, radica en esa modestia y desconocimiento del propio valer que caracterizan al pueblo español, y que le hace considerar como cosa baladí y de poco fuéste todo lo suyo, mientras, con magnanimidad estremada, aplaude los adelantamientos de los estraños y se regocija en sus triunfos.

Unido lo dicho, á lo poco y mal que conocemos nuestra historia, á nuestra natural indolencia y á